

CULTURA Y SOCIEDAD

EL ENTRAÑABLE THIAGO

VÍCTOR KERBER

El Colegio de Michoacán

*Quando o dia está bonito
Ainda a gente se distrai
Mas que triste de repente
Quando o véu da noite cai*

VINÍCIUS DE MORAES-ANTONIO CARLOS JOBIM

El viernes 13 de marzo de 1964, en una magna asamblea popular realizada a un costado de la estación Central del ferrocarril, en Río de Janeiro, el presidente brasileño, João Goulart, decretó públicamente la expropiación de las refinerías petroleras que se hallaban en manos privadas, y autorizó la expropiación de tierras al borde de carreteras, ferrocarriles, ríos navegables y represas hasta por veinte kilómetros. Meses atrás había emprendido una serie de reformas de alto calado para el devenir social y económico de Brasil, como la reforma agraria, que afectaba las haciendas y las plantaciones semif feudales que databan de los tiempos coloniales, así como las reformas de salud y educativa.

Brasil se encontraba inmerso en uno de los momentos más trepidantes y emotivos de su historia contemporánea, quizá comparable a aquel 18 de marzo de 1938 mexicano cuando Lázaro Cárdenas anunció la expropiación petrolera para beneficio público. Con *Jango* al frente, como le decían con cariño sus seguidores, el país conosureño se perfilaba como una potencia autónoma, no alineada con ninguno de los bloques de poder de la Guerra Fría, y fundada sobre principios socialistas no ortodoxos. El presidente arengó frente a aproximadamente 200 000

José Thiago Cintra Machado:
foto de su título de maestría en Estudios Orientales
de El Colegio de México, 1969



personas reunidas, con frases como la siguiente: “Pueden estar ciertos, trabajadores, de que juntos, gobierno y pueblo, obreros, campesinos, militares, estudiantes, intelectuales y patrones brasileños que colocan los intereses de la patria por encima de sus intereses, habremos de seguir con la cabeza erguida el camino a la emancipación económica y social de este país”.¹

Diluido en aquella masa expectante se encontraba un joven egresado de la carrera de letras clásicas de la Facultad de Filosofía de Nossa Senhora Medianeira, en Nova Friburgo, localidad de Minas Gerais. Recién había cumplido los 28 años, y ya se desempeñaba como asesor parlamentario del Parti-

¹ João Goulart, “Discurso de Jango na Central do Brasil em 1964”, *Empresa Brasil de Comunicação*, 12 de marzo de 2014.

do Trabalhista —el partido de Goulart— en la Cámara de Diputados. Era José Thiago Cintra Machado, quien en aquel instante muy probablemente anhelaba escalar puestos y realizar una carrera política en concordancia con las reformas de base que impulsaba Goulart. Su destino, sin embargo, habría de ser otro, muy ajeno al proyectado, y muy lejos de su país y de su gente.

El golpe

La noche del 31 de marzo, a dos semanas de aquel encendido discurso en la plaza de la estación Central, los militares brasileños emprendieron un golpe destinado a derrocar a Goulart y a revertir sus reformas. El Golpe del 64 sería precursor de una serie de golpes de Estado en América del Sur, con sus secuelas de oprobio, persecución y violación de los derechos humanos de quienes se identificaban con las corrientes de izquierda. Bajo el estigma de “comunistas” empeñados en convertir a Brasil en otra Cuba, los militares arremetieron contra todo aquel que hubiese militado en el Partido Trabalhista o, peor aún, en el Partido Comunista Brasileño. Valga decir que el joven Thiago estaba en la lista negra.

El presidente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, quien por entonces se hallaba muy afanoso en reforzar al ejército survietnamita con armas y equipos para combatir al Vietcong, no sólo aplaudió la iniciativa de los generales brasileños, sino que ordenó a su embajador, Lincoln Gordon, que tomara cualquier medida necesaria para respaldar a los golpistas. Corrió el dinero. A 50 años de los sucesos, los documentos desclasificados dan cuenta de la injerencia de Washington a través de operaciones encubiertas. En cable secreto, fechado el 27 de marzo, Gordon informó que había evidencias de que Goulart conspiraba con el comunismo internacional para “imponer un poder dictatorial”, y aconsejaba acciones para dotar de armamento a los militares.²

² Peter Kornbluh (ed.), *Brazil marks 40th Anniversary of Military Coup; Declassified Documents Shed Light on US Role*, Washington, National Security Archive, 2004.

Los militares, con la premisa de que operarían en favor de la seguridad nacional, emprendieron una persecución frenética de los presuntos enemigos del Estado. Decenas de brasileños cruzaron las fronteras con Uruguay y Argentina en busca de refugio, sin imaginar que, años después, esos países también serían víctimas de asonadas promovidas desde Washington. Thiago buscó refugio en el Consulado de México, en Río de Janeiro, junto con su amigo Paulo Wright, diputado por el Partido Social Progresista. En el portal del Consulado se hallaba apostado en guardia permanente el tercer secretario del Servicio Exterior Mexicano, Sergio González Gálvez, quien les abrió las puertas y los salvó de un arresto indudable. Desde aquel momento, México le cambió la vida al hombre cuya descripción aquí compartimos.

No fue sencillo el alojamiento de los refugiados brasileños en las misiones diplomáticas de México.³ Los espacios eran limitados y los alimentos insuficientes. Además, el gobernador de Guanabara, Carlos Lacerda, quien se sumó al golpe militar, se empeñó en hacerles la vida difícil mediante recortes de luz y agua. Se dice que el encargado de Negocios mexicano, Roberto de Rosenzweig, tuvo que recurrir a la extravagancia de pedir el apoyo de la Embajada de Cuba para alimentar a los refugiados, y ésta le proporcionó los recursos.⁴ Huelga decir que la Misión cubana se había convertido en uno de los focos de mayor vigilancia por parte de los servicios secretos del gobierno golpista. El 13 de mayo, finalmente, se rompieron relaciones entre Cuba y Brasil, y la embajada mexicana se hizo cargo de los asuntos cubanos.

Cintra partió hacia México tras obtener el salvoconducto que le otorgó el gobierno *de facto*. Llevaba consigo algunos posibles contactos; entre otros, el del economista Víctor L. Urquidi, referencia que le proporcionó el sociólogo Fernando Henrique Cardoso, muy amigo de Urquidi desde que ambos habían colaborado en la Comisión Económica para América

³ Entre los refugiados se encontraba el famoso padre Alípio de Freitas, promotor y dirigente de movimientos sociales, quien años más tarde se convertiría en guerrillero.

⁴ Testimonio del embajador emérito Sergio González Gálvez en entrevista realizada el 10 de julio de 2014.

Latina, que dirigía el argentino Raúl Prebisch. El 7 de julio, Cintra y Wright se presentaron en El Colegio de México ante Urquidí, quien los remitió con Mario Ojeda Gómez, director del Centro de Estudios Internacionales del propio Colegio.

El orientalista

Por aquellos años, Graciela de la Lama y Omar Martínez Legorreta se habían propuesto emprender un proyecto por demás ambicioso: la creación de un centro de estudios sobre temas asiáticos. Eran años de gran activismo político en los países de Asia: Ho Chi Minh lideraba la resistencia vietnamita contra la invasión estadounidense; Mao Zedong se hallaba al frente de la Revolución Cultural en China; Nehru gobernaba en India, y Sukarno en Indonesia. Existía la necesidad de comprender mejor aquellos procesos, y de formar cuadros que ayudaran a operar conjuntamente en contra del neocolonialismo y el imperialismo. Los viajes intercontinentales del presidente Adolfo López Mateos, además, auguraban que los intercambios con aquellos países serían más intensos.

Fue así que se creó el Centro de Estudios Orientales (más adelante Centro de Estudios de Asia y África) en El Colegio de México, y para darle impulso se abrió una maestría *ad hoc*. Ojeda les propuso en ese entonces a los jóvenes Cintra y Wright que se incorporaran a la maestría en estudios orientales, como la mejor manera de apoyarlos con algún sustento a través de las becas que otorgaba El Colegio. A Wright eso no le interesó. Retornó al año siguiente de manera clandestina a Brasil, y se sumó al movimiento cristiano de Acción Popular, cuyo sostén ideológico era la denominada Teología de la Liberación. Poco después, fue detenido y torturado en las mazmorras militares. Jamás se volvió a saber de él. Hasta la fecha, aparece en las listas de desaparecidos durante los regímenes militares.

Thiago, en cambio, sí aceptó incorporarse a la maestría. En pocos meses su vida cambió: de ser un joven con vocación hacia la función pública en su país, se perfiló para convertirse en especialista en temas asiáticos, en una institución a la que prácticamente desconocía, y en un país cuya lengua no domi-

naba. Eligió la especialidad en Japón, aunque sus afinidades ideológicas con la revolución maoísta lo pudieron haber inclinado más hacia los estudios de China. Su elección, empero, obedecía a que se sentía más conocedor de la cultura japonesa, por su amistad con miembros de la comunidad de ese origen en Belo Horizonte, su ciudad natal. Registró como tema de investigación el fenómeno migratorio de los japoneses en Brasil, y así se le escurrieron cuatro años entre libros, conferencias, clases y vivencias, en un México dominado por el Partido Revolucionario Institucional.

En los cursos de la maestría, Thiago sobresalió por su capacidad analítica y contundencia crítica. Se deleitó con las exposiciones del esteta argentino Kazuya Sakai, hijo de japoneses, quien lo introdujo en la comprensión psicosocial del pueblo japonés, y sostuvo acalorados debates con Robert A. Scalapino, defensor del realismo político norteamericano en el este de Asia. Quienes lo conocimos, podemos imaginarlo en aquellos trances, enfrentando con argumentos categóricos al prominente profesor de la Universidad de California en Berkeley, quien había colaborado con los servicios de inteligencia de la Marina estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. Así lo recuerda Flora Botton Beja, compañera de Thiago en aquella primera generación de “orientalistas” formados en El Colegio de México:

Para nosotros, un compañero de estudios que venía cargando un bagaje de verdadera militancia política, que fue dirigente sindical y quien con escasos 27 años [en realidad 29] ya había experimentado la derrota y el exilio, era algo insólito. Casi todos nos considerábamos gente de izquierda pero ninguno había tenido una experiencia real y vivida como Thiago. Su visión de la historia y sus juicios no eran abstractos como los nuestros sino fruto de una vivencia. Cuando se indignaba por la duplicidad de los ingleses en la guerra del opio y la calificaba de acto “criminoso”, parecía reaccionar en contra de todos los imperialismos del mundo.⁵

En efecto, su capacidad para elaborar comentarios perfectamente estructurados, sobre bases teóricas coherentes, hacía

⁵ Flora Botton, “In Memoriam. José Thiago Cintra (1936-1998)”, *Estudios de Asia y África*, vol. xxxiii (1), núm. 105, enero-abril de 1998, p. 211.

que incluso sus profesores le tuvieran respeto. Y es que Thiago dominaba los argumentos *dependentistas* con una lucidez extraordinaria: las relaciones centro-periferia, la función orgánica del capitalismo, la expansión de los imperialismos, el subdesarrollo como su consecuencia. Y, a medida que aprendía a comunicarse en castellano (cosa que a los brasileños se les da con suma facilidad), también revelaba su dominio de los recursos retóricos. Era asertivo. Comenzaba un juicio con tesis suaves, y poco a poco iba realzando la voz hasta que su intervención parecía más bien un clamor en medio de un mitin político.

Si algo recordamos propios y extraños es su mirada intensa, enfundada detrás de unas gafas que le daban apostura de existencialista sartriano. Miraba como si taladrara hasta las profundidades del alma; como si todos sus interlocutores fueran sujetos de escrutinio, hasta que ganaran su amistad. Era aquella la mirada propia del exiliado político, suspicaz por necesidad, obligado por las circunstancias a vivir en una realidad que no le correspondía. ¿O acaso era la mirada del coeficiente intelectual superdotado; la de quien observa, escucha y procesa en el interior de su mente cada rasgo y cada palabra?

Pienso que Thiago era las dos cosas: exiliado e inteligente. Por eso El Colegio de México se convirtió en un hábitat idóneo para sus desempeños, asiento de españoles exiliados que habían traído consigo lo aprendido y lo vivido en el marco de una guerra civil sumamente cruel. Debí coincidir con personajes como José Gaos, Wenceslao Roces, Max Aub y Juan Comas, por mencionar algunos. Solía conversar intensamente con Rafael Segovia, un *tête à tête* del que sí fui afortunado testigo en numerosas ocasiones. Recorrió la colonia Roma como aquel personaje de *Las batallas en el desierto*, la novela de José Emilio Pacheco, y fijó su residencia, primero en una casona de la avenida Constitución, y posteriormente en el edificio que confluye entre la calle de Iztaccíhuatl y la avenida Amsterdam.

Peligroso brasileño

En 1965, el Che Guevara se evaporó de la vida pública en Cuba. Corrieron toda clase de rumores: que si Fidel Castro lo había

Thiago Cintra, el Che Guevara y funcionarios
del gobierno del presidente János Quadros, 1961



eliminado, que la CIA lo había comprado, que huyó a África, o que había retornado a su natal Argentina a recuperarse del asma que lo aquejaba. Hoy sabemos que el Che decidió dejar Cuba para proseguir su lucha por la implantación del socialismo a través de focos guerrilleros en la periferia latinoamericana. Viajó al Congo, y reapareció en la sierra de Bolivia empuñando las armas contra el gobierno de ese país. Debió despertar una gran emoción en el flamante estudiante de El Colegio, quien conoció al Che en 1961, cuando el comandante pasó por Brasil.

Seguramente la CIA contaba con información sobre las actividades de Thiago, antes y durante su exilio. Con el estigma de representar un peligro para la seguridad nacional por su presunta pertenencia a un partido subversivo, se le vetó siempre del territorio estadounidense. Jamás se le concedió una visa de entrada a Estados Unidos, no obstante que sus perspectivas po-

líticas cambiaron y que la Guerra Fría terminó en 1989. Para los servicios de Migración existía un testimonio gráfico e inexcusable de su filiación política: una rarísima fotografía en la que Thiago aparecía detrás del Che Guevara, junto con otros funcionarios del gobierno de János Quadros, antecesor inmediato de João Goulart.

Llegó el año de 1968, y aquel “peligroso” brasileño que cita-ba con fluidez las obras de Mao y detractaba al imperialismo estadounidense en Vietnam, Filipinas, Cuba y Brasil, hubo de afrontar la disyuntiva de manifestar su adhesión al movimiento estudiantil mexicano, o salvaguardar su permanencia en el país que lo acogió, con una beca de 1 500 pesos al mes. Optó por asumir un perfil de observador de los acontecimientos; además de todo, su condición de extranjero no le permitía hacer otra cosa. Se concentró mejor en su investigación sobre los japoneses en Brasil, y leyó cuanto pudo sobre la Revolución Cultural en China, un extremado proceso social que dirigía a la nación china hacia el igualitarismo más radical.

José Thiago Cintra era el mayor de tres hijos procreados por Joaquim Cintra e Hilda Machado, en el seno de una familia de clase media católica y progresiva de Belo Horizonte. La familia sostenía lazos estrechos con el sacerdote jesuita Henrique Lima Vaz, quien recomendó a Thiago para que estudiara en Medianeira, una escuela privada de la Compañía de Jesús. Fue quizá por su formación jesuítica que adquirió el rigor metodológico y la sensibilidad social. Al inicio de la década de 1970 mantenía correspondencia prudente con su hermano Octavio. Sabía que sus pasos podían estar vigilados por los agentes del Sistema Nacional de Informaciones, la organización creada para dirigir y coordinar las actividades de inteligencia del gobierno militar, con el asidero de proteger la seguridad nacional.

Paradójicamente, Thiago se interesó en estudiar la operatividad del Sistema Nacional de Informaciones. A menudo conversaba con su paisano, Francisco Julião, abogado, exiliado igual que él, quien había trabajado en la organización de las comunidades campesinas en el noreste de Brasil, bajo las llamadas Ligas Camponesas. Pero Julião no era un exiliado cualquiera. Vivía en Cuernavaca, donde combinaba sus labores de periodista e investigador sobre las luchas campesinas en el estado de

Morelos, con la de informante del gobierno cubano.⁶ Sabía muchísimo acerca de los servicios de inteligencia y contrainteligencia del ejército brasileño, y es probable que a raíz de esas charlas se haya despertado la curiosidad de nuestro orientalista en los temas de seguridad.

Futurólogo

La década de 1970 no arrancó para Thiago con el triunfo de la selección brasileña de fútbol en el Mundial de México, sino, más bien, con el triunfo electoral del doctor Salvador Allende en Chile; fue ése un hito en la historia contemporánea de América Latina que no escapó a su ojo clínico. Varios de sus amigos acudieron a colaborar con la Unidad Popular chilena: Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos y Fernando Henrique Cardoso, entre otros. Es probable que Thiago hubiera tenido la oportunidad de sumárseles al término de sus estudios de maestría, sin embargo, permaneció en México. Se incorporó a El Colegio de México como profesor e investigador, y en 1971 salió a la luz su único libro: *La migración japonesa en Brasil, 1908-1958*.

Comenzó a interesarse en el juego de poderes en Asia del Este, con Japón como potencia en ascenso, y el socialismo chino en colisión frontal con el modelo soviético. El anuncio sorpresivo de que Richard Nixon acudiría al encuentro de los líderes chinos, Mao Zedong y Zhou Enlai, en 1972, reforzó su interés en la región asiática como escenario de lucha y concertación entre potencias. Publicó al respecto un análisis de coyuntura en el que explicaba:

El anuncio anticipado de la entrevista [Nixon-Mao] le confiere la característica propia de un “balón de ensayo” que permitirá a los dueños de la iniciativa observar las reacciones y acciones que se presentan en el campo de las relaciones internacionales en el reacondicionamiento de posiciones que puedan asumir naciones o bloques de naciones.⁷

⁶ Pablo F. de A. Porfírio, “A trajetória política de Francisco Julião: Considerações sobre as idéias de revolução e anistia no Brasil”, ponencia presentada en el xxv Simposio Nacional de História, Associação Nacional de História, Fortaleza, 2009.

⁷ José Thiago Cintra, “La entrevista Nixon-Mao Tse-tung. ¿Un Yalta sino-norteamericano?”, *Estudios Orientales*, vol. vi (2), núm. 16, 1971, p. 185.

Su pensamiento comenzó a apartarse de los parámetros dependencistas, justo cuando despertaban interés entre los académicos estadounidenses, como Wallerstein y Gunder Frank. Iba pues a contracorriente. En cambio, exploró un campo que para las ciencias sociales en México parecía anatema: la futurología. En sus clases sobre Japón se volvió infaltable el libro de Herman Kahn, director del Instituto Hudson, cuyo título era *The Japanese Emerging Superstate* (1971). En él se presagiaba que Japón se convertiría en la potencia dominante del capitalismo en no más de diez años.

Tras el arribo de Luis Echeverría Álvarez a la Presidencia de México, Japón se convirtió en un foco de interés primordial para la estrategia de diversificación comercial del gobierno. Se planeó, para el caso, una visita de Estado que requería la asesoría de expertos en el tema japonés, por lo que la extinta Secretaría de la Presidencia encomendó al Centro de Estudios Orientales la tarea de hacer una carpeta especial. El resultado fueron cuatro volúmenes que resumían de manera didáctica todo acerca de Japón: geografía, desarrollo histórico, orden político, sociedad, economía, política exterior, protocolo básico y prospectiva. A Echeverría le fascinó la obra. Los autores, Omar Martínez Legorreta y Thiago Cintra, pasaron a ser entonces fuentes de consulta frecuente del mandatario.

Con sus bonos altos, Thiago se sintió alentado a elaborar su propia prognosis sobre el futuro de Japón. Se preguntaba: ¿Qué papel estaría destinado para Japón en el futuro de las relaciones internacionales? La política exterior japonesa —escribió— se define por lo prohibido y lo permitido por sus vencedores en la guerra mundial. El campo de lo prohibido afectaba directamente la tradición ideológico-cultural de Japón, “la única que podría definir estructuralmente sus intereses y sus objetivos como nación-Estado”.⁸ Sugirió, en consecuencia, que la mejor manera de resolver el desajuste de la política exterior de ese país era poniéndole punto final al estado de prohibición que lo condenaba a no poder definir de manera autónoma sus intereses nacionales, y a negar por ende una parte esencial de su tradición cultural.

⁸ José Thiago Cintra, “La política exterior de Japón. Desajustes básicos”, *Estudios Orientales*, vol. VII (3), núm. 20, 1972, p. 286.

En otras palabras, para que Japón superara su condición hemipléjica de adulto económico y niño político, tarde o temprano tendría que enfrentar la exigencia de cambiar su Constitución, en especial el artículo 9º, que le fue impuesto a fin de subordinarlo a la condición de vasallo del sistema de seguridad estadounidense. Esto, que se ha convertido en un tema crucial del debate político actual en Japón, lo expuso Thiago Cintra hace más de cuarenta años. En aquel entonces, su tesis era demasiado atrevida, demasiado audaz para quienes sostenían posturas idealistas, como Michio Nagai,⁹ profesor visitante de El Colegio, a quien Thiago admiró a pesar de que sus visiones eran opuestas.

Tenemos pues a un académico que desde los albores de la década de 1970 se volvió polémico. Gradualmente, dejó de lado a Cardoso y Faletto, y acogió a Hans Morgenthau, el teórico del poder como condicionante *sine qua non* de las relaciones internacionales. Los golpes militares en Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia y Perú, bajo los auspicios de Washington, lo llevaron a ratificar su nuevo sesgo. Para colmo de las audacias se hizo lector de obras que abordaban la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, tema tabú en México, puesto que se asociaba con el militarismo conosureño del que los mexicanos nos sentíamos vacunados. Recuerdo haberle visto el libro de Carlos de Meira Mattos, *Brasil. Geopolítica e destino* (1975). “Hay que conocer las entrañas del enemigo —me dijo— para penetrarlo como un virus”. Su consejo se me quedó grabado, aunque tal vez en su momento no le di la importancia debida.

Mi maestro

Mi primer contacto con Thiago Cintra fue en la primera mitad de 1976. Era yo un mozalbete egresado de una escuela particular, que se había inscrito en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México para aprender eco-

⁹ Michio Nagai fue después ministro de Educación del gabinete del primer ministro Takeo Miki (1974-1976), y artífice de los tres principios pacifistas que asumió Japón; a saber, no comprar ni fabricar armas nucleares, y no permitir el paso de buques con armamento nuclear por aguas territoriales japonesas.

nomía política. Como muchos de mi generación creí que el futuro de México estaba en el camino trazado por Mao y el Che, así que me leí los cuatro tomos de las *Obras escogidas* de Mao Zedong, y me hice miembro de la Sociedad de Amistad con China, que me hacía llegar una publicación semanal en la que sistemáticamente se denunciaban las vilezas del imperialismo, y del aún más peligroso “social-imperialismo” soviético.

La muerte de Zhou Enlai, acontecida en enero de ese mismo año de 1976, estimuló en mí el deseo de comprender mejor el modelo chino y su vocación internacionalista, así que me dirigí a la calle de Guanajuato, colonia Roma, donde alguien me dijo que se localizaba una institución en la que se impartían cursos sobre las culturas asiáticas. En efecto, me recibió el coordinador de la maestría en estudios orientales, con quien sostuve una charla bastante animada. Era Thiago. Supongo que llamó su atención mi interés en el tema, y es porque hice todo lo posible por demostrarle que conocía bien la historia de la Revolución China, con pelos y señales, y todo, con tal de ser admitido en algún curso sobre Asia de los que se ofrecían en El Colegio de México.

Lo recuerdo perfectamente. Tenía esa mirada penetrante y a la vez huidiza, con su acento característico, que en principio me hizo pensar que era eslavo, no sudamericano. Le dejé mis datos, y de manera sorpresiva me llamó en agosto para decirme que me invitaría a un curso especial sobre Asia en el orden internacional, que se habría de impartir en las nuevas instalaciones ubicadas a las faldas del cerro del Ajusco. Me parece importante relatar lo anterior porque a partir de entonces comenzó una amistad entrañable con un maestro extraordinario. Fue un golpe de fortuna. En ese curso giré hacia los estudios de Japón, después de escuchar las exposiciones de Thiago sobre el ascenso de ese país al rango de las grandes potencias, y sobre los refinamientos de su cultura. Completó mi conversión el profesor Jun Nishikawa, de la Universidad de Waseda, invitado a El Colegio para que expusiera sobre temas de desarrollo y subdesarrollo en el continente asiático.

Unos meses atrás se había llevado a cabo en México el 30° Congreso Internacional de Ciencias Humanas en Asia y África del Norte, que reunió a especialistas de todo el mundo; no se

hablaba de otra cosa más que de solidaridad tercermundista. Fue antecedente de una iniciativa lanzada poco después por Graciela de la Lama para crear la Asociación Latinoamericana de Estudiosos de Asia y África, de la cual Thiago se convirtió en secretario general. A su vez, Luis Echeverría fundó en un barrio de la Magdalena Contreras el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, dotado de una fabulosa biblioteca sobre subdesarrollo, movimientos de liberación nacional, dependencia, nuevo orden económico internacional, derecho del mar y no alineamiento. Echeverría le encomendó a Thiago que viajara al sureste de Asia, específicamente a comprar libros sobre la problemática regional; de manera que aquel bibliófilo brasileño —ya naturalizado mexicano— dotó al Centro del mejor acervo sobre temas asiáticos.

Antes de su viaje por Japón, Hong Kong, China, Filipinas, Tailandia, Malasia, Singapur e Indonesia, pagado por la Presidencia de la República, levantó un inventario del acervo afroasiático en la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México. Sugería en su informe que para acotar el esfuerzo artesanal de revisar los catálogos, las bibliotecas debían considerar su entrada directa al campo de la computación electrónica aplicada a programas de clasificación de las publicaciones. Su propuesta se adelantó así, un cuarto de siglo, a la creación de las bibliotecas electrónicas, y se debió a que nunca dejó de anticiparse a las tendencias futuras, casi a la par de Alvin Toffler o John Naisbitt, con la salvedad de que ellos terminaron corrompiendo los estudios de prospectiva para convertirlos en sujetos de *marketing* y *bestsellers*.

Cuando concluí mis estudios de licenciatura —no en la Universidad Nacional Autónoma de México sino en el propio Colegio—, fue Thiago quien me recomendó para incorporarme como investigador del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo. Confieso que tomé distancia respecto de su discurso eminentemente racional, puesto que yo seguía anclado en las ilusiones del diálogo sur-sur y el internacionalismo proletario. Mientras yo me entusiasmaba con las luchas de los sandinistas y los farabundistas en Centroamérica, él robustecía sus enfoques geopolíticos y de seguridad nacional. Mientras yo me sumaba a la defensa del petróleo mexicano con-

tra las ambiciones estadounidenses, él sostenía que en México no se sabía sacar el debido provecho de la vecindad con Estados Unidos.

En 1983 partí hacia Japón con la idea de estudiar al dragón desde su interior, y comprender los arcos de su política exterior. Me llevé un concepto que le tomé prestado a Thiago: la *Cuenca del Pacífico*. Porque es justo reconocer que a él se le debe el mérito, antes que a nadie en México, de haber desplegado ese término, para referirse a la zona geopolítica que Japón iba construyendo en su entorno. Thiago, a su vez, lo tomó de Herman Kahn, como admite en un texto suyo de 1974:

En años recientes, el Instituto Hudson, dirigido por el doctor Herman Kahn se ha propuesto dedicar buena parte de sus energías a la investigación relacionada con la Cuenca del Pacífico, igualmente considerada en una dimensión regional que abarca tanto a los países asiáticos como a los americanos. Del estudio del Instituto Hudson surgió la idea de la creación de un organismo económico regional que abaricara 14 países no comunistas del Asia del Pacífico bajo un aparente liderazgo económico del Japón en primera instancia, y de Australia y Nueva Zelanda como socios menores en la empresa. Respetando la idea del NOCPA del doctor Kahn, aprovechamos la preocupación por el problema de la consideración regional del Asia del Pacífico, pero no aceptamos ni la propuesta de excluir a los países socialistas (República Popular China, Corea del Norte y Vietnam del Norte) ni la omisión del lado americano del Pacífico, es decir, Canadá y América Latina (México y el Grupo Andino).¹⁰

El sol naciente

Japón era un cofre de riquezas en la década de 1980. Su gente sentía que todo el mundo estaba a su alcance, y que la Cuenca del Pacífico era apenas un lago interior. Ingresé a esa sociedad como *otro*, y terminé fundido en ella sin explicarme cuándo ni cómo ocurrió tal cosa, durante los seis años que estuve, exactamente los seis del gobierno de Miguel de la Madrid, en los que el sello distintivo era la crisis en toda su dimensión. Cada reparo acerca de aquella sociedad me remitía a las lecciones de Thia-

¹⁰ José Thiago Cintra, "La integración de la Cuenca del Pacífico Asiático-Americano", *Estudios Orientales*, vol. IX (3), núm. 26, 1974, pp. 337-338.

go: la verticalidad sobre la horizontalidad, la solidaridad de clan, los protocolos rígidos, el cultivo de la perfección, los complejos sociales, las huellas de la derrota, la información compartida, y la figura invisible de la “matria” (en vez de patria). Mis percepciones individuales también cambiaron, tanto por mi exposición al zen budista como por mi descubrimiento de que la japonesa era prácticamente una sociedad gramsciana, en la que cada empresa, cada unidad social, funcionaba como el Nuevo Príncipe de Antonio Gramsci.¹¹

Me interesé en el concepto de “poder” aplicado a Japón. Si no era militar, ¿dónde pues subyacía el poder real de esa nación? Abundaba la literatura fundada en presunciones académicas, en la que se señalaba al Ministerio de Industria y Comercio como el poseedor de una estrategia oculta para apoderarse del mundo, y cobrar así venganza por la derrota infligida durante la guerra. Escribí mi tesis de maestría en relaciones internacionales con el pomposo título de *La Cuenca del Pacífico como escenario de competencia por el poder en el sistema mundial, la estrategia de Japón* (1986), y me involucré en lo que se conoce en Occidente como “inteligencia competitiva”, cosa que en las sociedades asiáticas es un hábito confuciano bastante común.

En el verano de 1987 recibí en Tokio la grata visita de Thiago, quien acompañaba a un grupo de estudiantes de la maestría de El Colegio interesados en temas japoneses. Conversamos *in extenso*. Tomamos café, y él consumió cualquier cantidad de cigarrillos. Le hablé de mis estudios y de mis fantásticas “revelaciones”. Abordamos el tema de China, la China de Deng Xiaoping, en la que presumiblemente se construía un “socialismo de mercado”, que nada tenía que ver con la China maoísta de veinte años atrás. Su observación fue contundente: “China es como un gran cocodrilo que abre sus fauces en el pantano y deja que los pececitos ingresen cándidamente a consumir su plancton. En cualquier momento y sin previo aviso, el cocodrilo cerrará la boca”. Me habló entonces de su novel creatura: el Centro Latinoamericano de Estudios Estratégicos, en el que se analizarían casos de seguridad nacional e inteligencia aplicada.

¹¹ Véase Douglas Moore Kenrick, *Where Communism Works. The Success of Competitive-Communism in Japan*, Rutland-Tokio, Charles E. Tuttle, 1988.

Sentí que de nuevo empataban nuestros intereses, y le obsequié un ejemplar de mi tesis, que el Centro Latinoamericano publicó en forma de cuaderno, con prólogo de Thiago Cintra.

A mi regreso a México, seducido por un cargo en la Secretaría de Relaciones Exteriores, me reencontré con el maestro. Él me cedió su cátedra sobre Japón y China en la licenciatura de El Colegio de México, y además me invitó a impartir cursos sobre geopolítica en la Cuenca del Pacífico en la Escuela Superior de Estudios Navales. Se había puesto de moda el tema de Japón y la era del Pacífico. Thiago brillaba con luz propia. Después de la matanza de estudiantes chinos en la Plaza de Tiananmen (ese 4 de junio de 1989 recordé la metáfora del cocodrilo), y tras la caída del Muro de Berlín, con su secuela de reacomodos en Europa, lo convidaban a hablar en toda clase de foros, y él aventuraba hipótesis acerca del porvenir internacional. No asumía que fuera el fin de la historia, como Francis Fukuyama, sino el retorno a la historia anterior a la bomba de Hiroshima, con su propio entramado de paradojas:

Hemos vivido en la posguerra, gracias a las armas nucleares, el equilibrio del terror que, pese a todo, ha evitado la guerra. Ahora se resuelve eliminar del escenario global, hasta el año 2000, el elemento nuclear, y esto podría reabrir el camino natural del mundo prenuclear, de respuestas a ciclos que no han tenido en la historia otra salida que el conflicto.¹²

El estratega

Sus esfuerzos por convertir el Centro Latinoamericano de Estudios Estratégicos en un símil del International Institute of Strategic Studies, de Londres, lo obligaron a ausentarse de El Colegio. Pueblo chico al fin. Corrieron rumores de que trabajaba para intereses sombríos en Gobernación, Washington, La Habana, Marina, y hasta los ejércitos de Sudamérica, que de hecho ya entonces se replegaban a sus cuarteles. Volví a platicar con él, largo y tendido, durante un viaje que hicimos a

¹² Jacques Lévesque, "Significado de los cambios políticos de Gorbachev ante el gobierno de Reagan", *Foro Internacional*, vol. 28 (4), núm. 112, abril-junio de 1988, p. 678, comentarios de José Thiago Cintra.

Colombia, en julio de 1990. Pusimos de lado las elucubraciones academicistas. Me relató pasajes de su vida, y por primera vez pude verlo sin sus gafas cuadradas de agobiantes dioptrías. Su mirada, después de todo, no era un taladro, sino todo lo contrario; destilaba afecto, aunque también sigilo. Desde 1988 gozaba de pleno derecho para volver a Brasil, pero su vida en México era ya tan plena que su país de origen había dejado de ser suyo.

Así como fue precursor de las tecnologías informáticas al servicio de las bibliotecas, y así como fue innovador en los estudios de seguridad nacional, así también el espíritu inquieto e inquisitivo de Thiago lo llevó a incursionar en los medios televisivos como conductor de programas. Se explayaba como sabio... que lo era. Ahí han quedado grabados los 114 programas que realizó para Canal Once, bajo el nombre de *Nuestro Tiempo*, con contenidos oportunos, amenos, dinámicos y persuasivos. Por alguna razón —tal vez por afinidad de lengua— se enganchó con un caso específico: el de Timor Oriental, la ex colonia portuguesa que continúa luchando por mantenerse

Thiago Cintra y Víctor Kerber
durante un foro académico en el hotel La Misión
de la ciudad de Querétaro en mayo de 1992



independiente, contra los embates anexionistas de Indonesia, el “imperialismo indonesio”, como le llamaba.

En 1995 fue hospitalizado por un problema renal. Yo me hallaba en Japón, a punto de finalizar una comisión de tres años como diplomático, tres años áridos que no pretendo detallar. Lo volví a ver en 1996. Le hablé de mi desengaño con el Servicio Exterior Mexicano, y se mostró, como siempre, paternal y fraterno. Había perdido demasiado peso; sin embargo, no dejaba de fumar, aun en contra de las recomendaciones médicas. Ésa fue la última vez que tuvimos contacto, ya que me exilié en la ciudad de Monterrey, y allá permanecí durante diez años. El martes 3 de febrero de 1998 recibí una llamada triste de su amigo Éric, quien me dio la fatídica noticia de que Thiago Cintra, el entrañable Thiago, había fallecido. Realmente extraño su erudición, su tono irónico y su amistad. Sé que está bien, quizá trazando estrategias de acción con los arcángeles, y contemplando el horizonte bello de Belo Horizonte, adonde reposan sus cenizas. ❖

Bibliografía

- ANDRADE PORFÍRIO, Pablo Francisco de, “A trajetória política de Francisco Julião: Considerações sobre as idéias de revolução e anistia no Brasil”, ponencia presentada en el xxv Simposio Nacional de Historia, Associação Nacional de História, Fortaleza, 2009.
- BOTTON, Flora, “In Memoriam. José Thiago Cintra (1936-1998)”, *Estudios de Asia y África*, vol. xxxiii (1), núm. 105, enero-abril de 1998, pp. 211-216.
- GOULART, João, “Discurso de Jango na Central do Brasil em 1964”, *Empresa Brasil de Comunicação*, 12 de marzo de 2014. [www.ebc.com.br/cidadania/2014/03/discurso-de-jango-na-central-do-brasil-em-1964, consultado el 30 de junio de 2015.]
- KORNBLUH, Peter (ed.), *Brazil marks 40th Anniversary of Military Coup; Declassified Documents Shed Light on US Role*, Washington, National Security Archive, 2004.
- LÉVESQUE, Jacques, “Significado de los cambios políticos de Gorbachev ante el gobierno de Reagan”, *Foro Internacional*, vol. 28 (4), núm. 112, abril-junio de 1988, pp. 664-684.
- MOORE KENRICK, Douglas, *Where Communism Works. The Success*

of Competitive-Communism in Japan, Rutland-Tokio, Charles E. Tuttle, 1988.

THIAGO CINTRA, José, “La entrevista Nixon-Mao Tse-tung. ¿Un Yalta sino-norteamericano?”, *Estudios Orientales*, vol. VI (2), núm. 16, 1971, pp. 181-193.

THIAGO CINTRA, José, “La integración de la Cuenca del Pacífico Asiático-Americano”, *Estudios Orientales*, vol. IX (3), 1974, pp. 333-352.

THIAGO CINTRA, José, “La política exterior de Japón. Desajustes básicos”, *Estudios Orientales*, vol. VII (3), núm. 20, 1972, pp. 259-293.